

LOS PROVINCIANOS EN MADRID

Por Marino GOMEZ-SANTOS

En realidad uno no sabe por que motivo la redacción de El ECO DE LUARCA ha estimado de interés el que yo escribiera un artículo titulado "Los provincianos en Madrid". Sospecho que la vida de un escritor o la de un aprendiz de escritor, no interesa hoy, tal como se han y se van poniendo las cosas, a casi nadie. Al español no le preocupa si el literato lucha o vence o muere en la sombra de la indiferencia; al español le interesa sobremanera la vida del futbolista. Los periódicos han pasado a ser algo así como esas tablillas que hay en las clínicas colgadas a la cabecera de la cama del paciente para llevar cuenta de la temperatura. Por si el futbolista reña con su mujer o por si prepara un escándalo a la puerta de una taberna, el periodista le acecha y va anotando a cada minuto las incidencias de su vida. Con esta atención, la prensa viene a reservar sus páginas para registrar el estado de cada pierna deportista, incluyendo el menisco.

Por otra parte, y esto va siendo ya natural, el cine también absorbe atención. Según Baroja, llegará un tiempo, no muy lejano, en que se aprendan matemáticas y hasta se hagan abogados en el cine. La televisión, es como un cuarto oscuro que no sabemos cuanto tiene de largo ni de ancho y quien sabe hasta donde puede entrar a formar parte de la preparación educativa del individuo.

Decimos todo esto porque el artículo fué pedido para que lo enfocásemos bajo el punto de vista personal, incluyendo toda su literatura y economía.

Uno cree que esta literatura personal no interesa a casi nadie y en este caso mío, mucho menos, porque el nombre está escrito en el mundo literario con trazos de humo mientras que en el tapial que se levanta en esa especie de noche de la profesión resaltan infinidad de nombres literarios escritos por el procedimiento luminoso de los letreros fluorescentes que en ese otro mundo comercial anuncian las tiendas de mercería y los cinematógrafos.

Del otro lado de la literatura, es decir, colocándome en el tropel de gente de provincias que venimos a Madrid, creo que no hay peculiari-

dad alguna por el hecho solo y aislado de que uno venga de una de las cincuenta provincias españolas. Alarcón decía, y decía bien, que Madrid era una "casa de huéspedes nacional donde hacen alto los viajeros que van de paso al porvenir...". Naturalmente, en esta "casa de huéspedes" hay quien está cómodo e incómodo; a unos les viene grande y a otros chica e insufrible. Todo depende de la formación y la crianza de cada uno amén del horizonte y de la visibilidad, que cada cual lleve dentro.

A los veinte años sin neurastenia ni taras físicas, a Dios gracias, la vida madrileña es, de momento, algo así como una Meca para el creyente. Toda esta palpitación urbana un tanto acelerada nos pone ante los ojos el ejemplo de la ciudad que vibra, que corre, que sube y baja siempre con la idea fija y obsesiva de la elaboración a modo de hormigüeo. Esto para la juventud es importante. Considero que no debe ser lo mismo crecer física y espiritualmente en un rincón provinciano en cuyos límites parece que se acaba el mundo a contemplar de cerca como lucha la humanidad con el hormigón armado de los grandes rascacielos, de esos casilleros con timbre eléctrico y hasta con placa o etiqueta explicativa del contenido.

Las ideas se modifican rápidamente. Ante la gran urbe el hombre piensa en el progreso y sueña entre una y otra estación de "Metro". Aquí el soñar es caro y restringido porque el billete ha subido desde este nuevo año quince céntimos. En la calle no se puede soñar porque se distrae y se marea uno y hasta se corre el riesgo de que le atropelle un automóvil; el Retiro lo cierran al oscurecer.

Una provincia es un lugar apacible mientras que uno proyecte una sombra por pequeña que sea. Generalmente estos lugares "paradisíacos", como dicen los cronistas, son la tela del tamiz donde quedan presos los valores que no han pasado al estadión de la vida; para pesarlos y medirlos. Estos deshechos de tinta se lamentan y sueñan en los rincones tristes de los cafés. La juventud que nace a la sombra de estos cipreses tiene un color pálido y está de codos en la barandilla de una vida del siglo XIX por donde pasa un Castelar ampuloso o un Palacio Valdés amable y acerado, o cualquier otro personaje o carruaje pintado con púrpuras y decorado con almohadillas y botones forrados.

Esos personajes que están de vuelta de lugares donde no han estado jamás, deben callarse y sentarse en su oscuridad, que si no han triunfado es porque su moneda no sonaba en el mármol de esa frontera de la vida. Si estaba bien acuñada y las efigies eran bonitas eso era otra cosa... pero no sonaba. Todas las personas que temen la crítica no confían en lo que "vendían". No se debe desconfiar del viajero que levanta primero los bra-

zos para que le registre el policía cuando se ha "extraviado" una cartera en el departamento. Cuando uno no tiene reservas para que le sometan a interrogatorio es seguro que lo que dice es verdad y que no le importa ni tiene de qué atemorizarse.

Y concluyendo. Me atemoriza pensar que alguien pueda llegar a imaginarse que pretendo con estas consideraciones descubrir Madrid. Esos descubrimientos ya lo hicieron gentes de otros siglos y ante eso, conste que queda salvada esa supuesta pretensión.

El Eco de Luarca

